

El gran duque de Toscana recibió uno de Egipto; no temía absolutamente á los hombres; dejábase acariciar y lamia la mano de su guardian; pero antojábasele á veces retozar, y no era entonces agradable, porque bajaba los cuernos, amenazando á todo el que se proponía acercársele. La vista de cualquier objeto sospechoso bastaba para que enderezase las orejas y se pusiera á la defensiva: precipitábase sobre los perros con bastante rapidez; echaba los cuernos hácia atrás, arqueábase sobre sus piés anteriores, inclinaba la cabeza, y daba un golpe de abajo arriba, descargando al mismo tiempo manotazos. Para pedir su alimento producía tan pronto un gruñido, como un débil grito: contentábase con un poco de heno, avena y granos; y soportó largo tiempo la domesticidad.

Solo en Inglaterra se ha reproducido este animal en estado de cautividad.

LOS ESTREPSICEROS—STREPSICEROS

CARACTÉRES.—Los antilópidos de cuernos en espiral (*Strepsiceros*) tienen los cuernos aplastados y con hendiduras y las hembras carecen de ellos; la piel es abigarrada con rayas y manchas de color claro; no tienen fosas lagrimales y el hocico está algunas veces cubierto de pelos y otras desnudo.

EL ESTREPSICERO CUDU—STREPSICEROS KUDU

CARACTERES.—Este animal es un hermoso y grande antilope, junto al cual es un pigmeo nuestro ciervo, aventajando al mismo alce por su tamaño, aunque no alcance su peso.

Un macho adulto mide 3^m,30 desde el hocico al extremo de la cola, incluso los 0^m,50 que corresponden á este órgano: la hembra es mas pequeña; yo medí una que tenía 2^m,60 de largo y cerca de 1^m,50 de altura hasta la cruz.

Las formas de este rumiante ofrecen cierta semejanza con las del ciervo: el cuerpo es recogido, el cuello mediano, la cabeza bastante corta, la frente ancha y el hocico puntiagudo; el labio superior está cubierto de pelos; los ojos son grandes y las orejas mas largas que la mitad de la cabeza. Sus cuernos constituyen un magnífico adorno: en el macho de media edad, miden en línea recta, desde la punta á la raíz, mas de 0^m,60, y en los machos viejos alcanzan doble longitud. Apenas se comprende cómo puede llevar el animal semejante peso, y sobre todo, cómo le es posible cruzar por la espesura. Estos cuernos se inclinan hácia atrás, mas ó menos por fuera, y algunas veces media entre sus puntas el espacio de un metro. Dichos cuernos forman una espiral constante, pues cada vuelta comprende una tercera parte de su longitud. De la base parte un ángulo agudo que sigue los contornos de la espiral hasta que se pierde al fin cerca de la punta.

Los pelos son cortos, lisos y un poco bastos; los de la nuca y los de la garganta en el macho, son largos y forman una crin: su color dominante es un pardo gris rojo difícil de definir: la parte posterior del vientre y la cara interior de las piernas son de un blanco gris; la crin pardo oscura ó negra, y de un gris blanco en los individuos de mucha edad. La cola, de un pardo oscuro en su cara superior y blanca en la inferior, termina con una borla negra; los ojos llevan un círculo rojizo. Sobre el tinte pardo del cuerpo se destacan de siete á nueve fajas transversales blancas, algunas de las cuales se bifurcan; están situadas á igual distancia unas de otras y se corren desde el lomo á los costados. Entre los ojos hay

un semicírculo blanco, que abraza el hocico en su concavidad; en la hembra las rayas son estrechas y marcadas, y en los individuos jóvenes hay mayor número.

Conocemos el cudu únicamente desde mediados del siglo pasado; es verdad que los antiguos hicieron del estrepsicero una descripción bastante exacta, pero apenas lo conocían por tradición y tampoco nuestros antepasados sabían nada con respecto á esta especie de magníficos cuernos en espiral, que se enviaban con frecuencia á Europa. Hácia fines del siglo pasado fué llevado á Holanda un cudu vivo y de entonces data la historia de este magnífico animal. Sin embargo no puede darse todavía una descripción exacta de sus costumbres.

El individuo que, como acabamos de decir, se recibió vivo en el Jardín zoológico de la Haya, era salvaje y tímido al principio, pero acostumbróse poco á poco á su suerte, y se domesticó hasta el punto de permitir que se acercasen á él y le acariciasen. En el trascurso del presente siglo nos han dado á conocer mejor este animal las observaciones de Ruppell y de Anderson y los relatos de los cazadores del sur de Africa: yo he tenido la buena suerte de verle en el país de los Bogos, y puedo referirme á lo que yo mismo he observado, por consiguiente los detalles siguientes son en su mayor parte tomados sobre el terreno.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El cudu, llamado por los árabes *tedal* ó *nelet*, en Habesch *agasen*, se ha propagado mucho en el Africa y se extiende desde los países del cabo de Buena Esperanza hasta el norte, siempre que las montañas y colinas le ofrezcan segura residencia. Antes se le encontraba en casi todas las partes de la colonia del Cabo; ahora ha disminuido mucho y se ha retirado hácia el interior. Su gran número y sus costumbres le librarán por mucho tiempo del destino de sus congéneres y será difícil exterminarlo en aquellas regiones.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Parece que no habita sino los bosques, particularmente aquellos de breñas espinosas, tan comunes en Africa. En el Habesch prefiere las montañas á las llanuras; en el país de Barca, en el Kordofán y en el Cabo, se le encuentra en estas últimas. En el país de los Bogos le vimos á una altitud de 660 á 2,300 metros sobre el nivel del mar, siempre en los flancos de las montañas, por donde circulaba majestuosamente en medio de las mimosas.

El cudu se asemeja bastante al ciervo por sus costumbres; recorre como él un gran espacio, y cambia regularmente de domicilio. Su aspecto es tan altivo como el del ciervo, y tan gracioso su andar. Cuando nada le inquieta, anda con lentitud por los flancos de las montañas; evita las breñas espinosas y pasa por el sitio mas conveniente. Se alimenta en gran parte de hojas y retoños, aunque no desprecia las yerbas.

Por la tarde se le ve con frecuencia en los prados del bosque: cuando alguna cosa le asusta, emprende un trote bastante pesado, y hasta que se halla en terreno llano no puede marchar al galope; pero aun allí es lenta su carrera. En el bosque se ve precisado á echar hácia atrás la cabeza, de modo que sus cuernos toquen el lomo, á fin de poder pasar entre la espesura y no enredarse en el ramaje; antes de huir lanza un sordo balido que se oye desde lejos. El padre Filippini me ha dicho que solo la hembra producía este sonido, y que el macho no deja oír su voz sino en el período del celo.

Comienza esta época en el Habesch á fines de enero: por la tarde bala el macho para provocar á sus rivales, y es indudable que traban furiosas luchas, porque este rumiante es tan fuerte como valeroso; Filippini no ha presenciado ninguna pelea; pero los abisinios le hablaron de ellas muy á menudo.

El parto de la hembra se verifica á principios de la estación de las lluvias, hácia fines de agosto; de modo que la gestación es de siete á ocho meses. Rara vez se ve al macho con una hembra que acaba de dar á luz su hijuelo; solo la madre le cria, le instruye y le defiende.

USOS Y PRODUCTOS.—En todos los países donde se presenta el cudú pintado, es objeto de grande persecución. Su carne es, como pude convencerme yo mismo, muy excelente, y recuerda por su gusto la de nuestro ciervo noble. El tuétano es para algunas tribus del África del sur una golosina muy estimada. A veces lo primero que hacen los cafres cuando matan un cudú es quitar la carne de los huesos, romperlos y chupar el tuétano crudo. La piel es también muy estimada en el África del sur, y para ciertos usos no puede ser sustituida por otra cosa. Los colonos holandeses la compran á

precios elevados para hacer látigos, principalmente cuando quieren que estos produzcan un fuerte chasquido. Además, el cuero sirve para correas, con las cuales se cosen pieles ó se atan fardos, como también para sillas, botas, etc. En el Habesch las pieles se curten, y los cuernos, despues de sacar el hueso interior por medio de la descomposición, sirven de potes para guardar miel, sal, café, etc.

CAZA.—Se da caza al cudú de diversos modos: Filippini prefería perseguirle solo y á pié; conocía sus pastos predilectos, y procuraba acercarse lo mas posible al animal. Su costumbre era comenzar la caza despues del medio día, porque entonces bajan estos animales á los valles para beber. Los mas de los antilópidos se contentan con lamer el rocío que humedece las hojas; pero los de que hablamos necesitan mucha agua, y todas las tardes bajan de la montaña para apagar

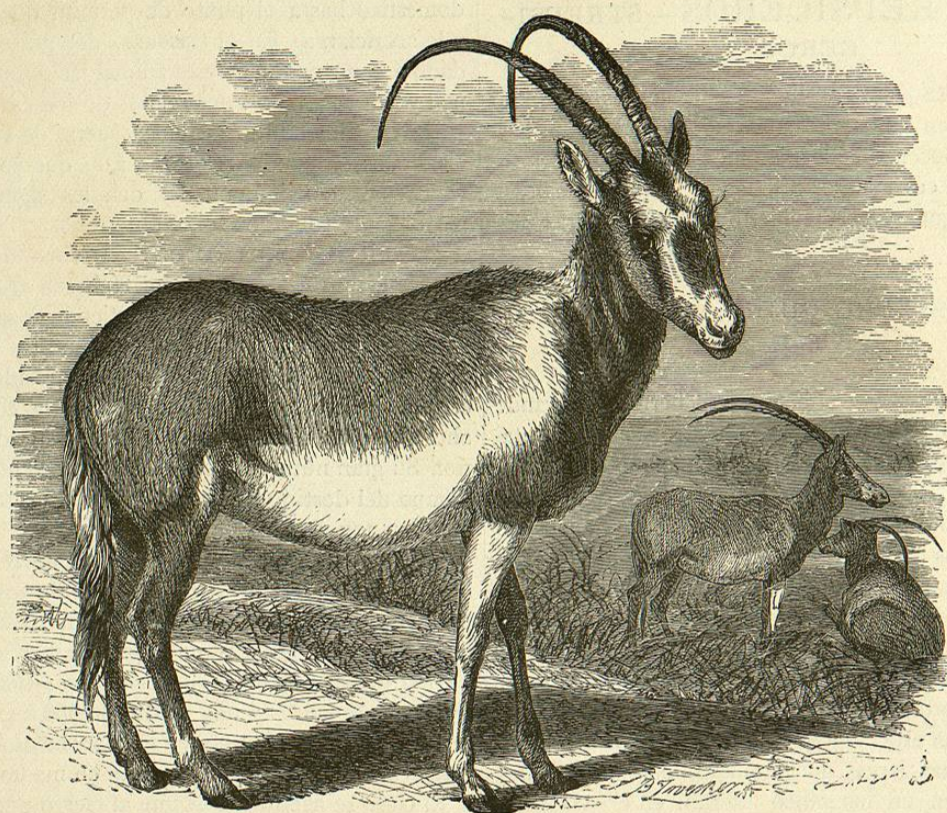


Fig. 239.—EL ORIX PASSAN

su sed. Filippini se situaba en un sitio conveniente, cerca de un riachuelo ó de una charca del valle, y casi siempre se apoderaba de alguna pieza. Creo que la caza al acecho sería igualmente ventajosa, pues el animal sigue casi siempre el mismo sendero; me parece asimismo, aunque no puedo asegurarlo, que sería fácil cazarle al ojeo, como se hace con el ciervo.

Es necesario desplegar en esta cacería una gran prudencia, pues el animal vigila mucho, y la sutileza de sus sentidos es tanta que reconoce á tiempo la presencia de un enemigo. Rara vez se puede aproximar uno á menos de doscientos pasos, y ciertamente que á esta distancia solo un cazador europeo podría tocarle.

Las armas de los cafres son demasiado imperfectas para que puedan matar á este rumiante, y por eso han adoptado un género de caza especial. Reúnense en gran número, levantan la pieza y la persiguen, sabiendo por experiencia que se cansará pronto. Ahuyentan la caza hácia el sitio que ocupan sus compañeros, los cuales emprenden la persecución á su vez; y así continúan, de una estación á otra, sin dejar al

animal un momento de reposo. Las mujeres se dispersan por el campo con huevos de avestruz llenos de agua, para que se refresquen los hombres, y estos consiguen al fin rendir al fugitivo. Entonces se precipitan todos sobre él lanzando ruidosos gritos: las hembras se dejan coger sin oponer resistencia; pero los machos, por el contrario, bajan la cabeza, y amenazando con sus puntiagudos cuernos, caen sobre sus adversarios, que están perdidos sin remedio si no pueden echarse de lado á tiempo. Los perros alcanzan al animal en pocos minutos; pero este se defiende á patadas y los hiere algunas veces gravemente. Por lo mismo no se valen los cafres de los perros para esta caza, sino que rodean al rumiante y le matan á flechazos.

Inmediatamente despues de la muerte del cudú se celebra una gran fiesta; se enciende una hoguera cuyo humo atrae á los cazadores mas lejanos; muchas manos se ocupan en descuartizar la presa, mientras otras alimentan el fuego, en el que echan piedras para calentarlas, despues que se haya formado un gran monton de brasas. Entre tanto la carne ha sido disecada y cortada; y con las piedras se forma una especie de

hogar, sobre el cual se ponen los pedazos de carne. Mientras estos se asan poco á poco, la hambrienta compañía se apodera de los huesos y cada cual se pone de cuclillas con el hueso en la mano ó entre los dientes delante del fuego, con los ojos fijos en la carne, que sacan medio cruda aun de las piedras y la devoran con avidez. Los abisinios preparan la caza exactamente del mismo modo, con la única diferencia de que no roen los huesos crudos y no comen en seguida el tuétano, sino que lo emplean para engrasar la carne. Nosotros asamos la carne á la usanza europea y puedo asegurar que raras veces he comido bocado mas sabroso; sobre todo, los pedazos jugosos del lomo son excelentes. Exceptuando el hombre, el cudú adulto tiene pocos enemigos. No cabe duda que el rey de los animales, el fiero leon que derriba al robusto búfalo, no teme los cuernos puntiagudos de este antilope; pero el macho adulto y aun la hembra vieja, se defienden del leopardo, uno de los mas peligrosos carnívoros, con probabilidades

de victoria, y hasta los cánidos salvajes apenas logran apoderarse de ellos.

Este rumiante, sin embargo, parece tener otro enemigo, que debe atormentarle mucho, si he de juzgar por el hecho siguiente: Un negociante alemán de Massoua me dió unos cuernos de este rumiante, notables por una especie de apéndice que parecía de cuero, y al entregármelos me dijo: «No corteis eso, pues ya estaba así cuando maté á este animal.» Este apéndice era el nido de una larva de avispa que había perforado todo el cuerno hasta el hueso. Acaso no se me dijera la verdad, y puede ser muy bien que el insecto no se hubiese establecido allí hasta despues de morir el animal; pero como quiera que sea, los dos cuernos estaban llenos de un gran número de larvas, y yo no he visto nunca semejante caso en ningun otro antilópido ni animal de cuernos.

CAUTIVIDAD.—Los pequeños se domestican sin dificultad: Anderson tuvo uno, y al hablar de él dice que era

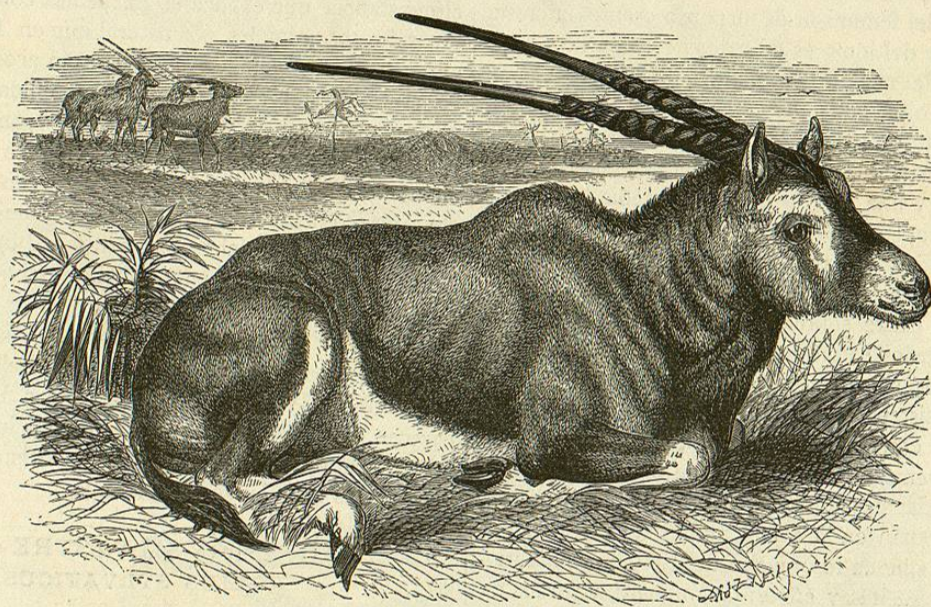


Fig. 240.—EL ORIX LEUCORIX

un animal muy bonito, dócil y aficionado á retozar. Como mamaba aun cuando le cogieron, fué preciso criarle con una especie de biberón: se acostumbró muy pronto á su amo, y llegó á ser un verdadero animal doméstico. Es de creer que en el Cabo se hubiera tratado ya de domesticar á estos animales si no sucumbiesen todos á la terrible enfermedad de los caballos, que tantos destrozos causa en el sur de África.

En Europa no se han visto mas que algunos individuos vivos; siendo uno de los que mas escasean en los jardines zoológicos.

Merece mencionarse también el que los árabes consideran los machos y hembras del cudú como animales diferentes. El macho se llama en la region de Manasa «garrea» (el atrevido), la hembra «nellet» (la fuerte).

LOS TRAGELAFOS—TRAGELAPHUS

CARACTERES.—Los tragelafos ó cabras silvestres tienen poco mas ó menos el tamaño de un corzo y son de estructura graciosísima; sus cuernos son cortos; sobre las espaldas llevan una especie de cresta y los dibujos de su pelaje son extraños. La cabeza es delgada y se estrecha sucesivamente hácia adelante; el hocico es fino y gracioso, su parte desnuda tiene la forma de una pera redondeada por arriba, curva hácia fuera en la region de las fosas nasales y punti-

aguda en los labios. Los ojos son grandes con pupila trasversal; las orejas, igualmente grandes, son anchas y en la punta redondeadas, cubiertas por fuera de pelos muy cortos y orladas en la márgen inferior de la parte interna, con un mechón ancho en forma de pestañas; el cuello es delgado; el tronco alto y comprimido lateralmente, abovedado en el espinazo, mas fuerte en su parte posterior que en la anterior; los cuatro muslos son anchos y robustos, las piernas se adelgazan mucho hácia abajo; las pezuñas son graciosísimas y la cola muy ancha, peluda y bastante larga; las fosas lagrimales no existen; los cuernos, propiedad exclusiva del macho, tienen un corte trasversal, ovalado y largo, con un pliegue que empieza en la parte anterior y otro en la superior; estos pliegues siguen al cuerno en sus curvas espirales hasta la punta, su base se halla en la parte superior de las orejas, casi en la misma dirección que la línea visual y están un poco inclinados hácia adelante, ó bien hácia atrás, encorvados hácia fuera y con sus puntas paralelas. El pelaje espeso con dibujos extraños de diferentes colores, se prolonga á lo largo de todo el espinazo, formando una cresta.

EL TRAGELAFO RAYADO Ó JEROGLÍFICO—TRAGELAPHUS SCRIPTUS

CARACTÉRES.—Este antilope es entre todos sus con-